

mente casi toda sustancia heterogénea á la propia secrecion de una glándula ó de una membrana mucosa y que excite la funcion secretora (1).

Las sustancias, por tanto, que pueden de tal guisa atravesar una glándula, no sólo aumentan su actividad, sino que pueden alterar tambien su indole y llevar directamente su accion sobre la superficie alterada del fluido segregado; y cuando está viciada la secrecion ó la superficie morbosamente alterada, estos últimos efectos de los medicamentos son entónces bastante más importantes que los primeros.

La eficacia de los alcalinos para oponerse al depósito en la orina de arenillas, y la de los bálsamos y muchos otros vegetales astringentes en algunas enfermedades de la vejiga y de la uretra, son evidentes ejemplos de cuanto aseguramos. Bastante limitados son nuestros conocimientos, como todos saben, respecto á los efectos de las diferentes sustancias sobre la calidad de la bilis, como sobre la mucosa de la vesícula y conductos biliares. Siendo imposible fijar la composicion de la bilis durante la vida, no es posible advertir de qué modo y en qué grado inducen en ella cambios los medicamentos. Es, sin embargo, indudable que los farmacos son idóneos para modificarla. Los médicos, por tanto, guiados por la experiencia que les mostraba que hay medicamentos que, como el mercurio, deben su principal mérito al curar los desórdenes hepáticos, al aumento en cantidad de la bilis, infirieron que debía haber otros remedios cuya accion especial fuese alterar la naturaleza de ese fluido, siendo opinion de algunos que los álcalis, y entre éstos la sosa de preferencia, el éter, la trementina, tienen la propiedad de atenuar la bilis, por lo cual aconsejan de vez en cuando su empleo en las afecciones calculosas del hígado. Hasta ahora, sin embargo, no ha sido posible asignar el valor de los medicamentos de esta clase. Estos farmacos se administran empíricamente, y de ordinario, apoyados sólo en nociones vagas sobre sus contraindicaciones y atendiendo á los éxitos de la experiencia individual, ó aun á la boga diaria, son unas veces levantados al cielo, y otras, á causa de aquellas mismas exageraciones, van perdiendo crédito en la opinion y caen en el olvido.

Un favor mucho más constante gozan, por el contrario, los remedios que alteran la orina ó que ejercen su accion sobre la vejiga ó la uretra, porque, pudiéndose recoger y examinar aquélla, hay de esta suerte más oportunidad para determinar mejor el poder de los medicamentos.

(1) Segun este principio, muchas sustancias heterogéneas que penetran en la sangre de la vena porta ocasionan un flujo copioso y repentino de bilis. Cruveilhier ofrece buenas observaciones, á este propósito, en su *Anatomía patológica*.

CAPÍTULO PRIMERO

CONGESTION DEL HÍGADO

Congestion del hígado por obstáculos al curso de la sangre en los pulmones y el corazon. — Sus efectos. — Congestion por otras diversas causas. — Hemorragia.

Uno de los estados morbosos del hígado más sencillos es la congestion, ó, en otros términos, el acúmulo anormal de la sangre en sus vasos.

La congestion del hígado puede nacer, como en todos los demas órganos encargados de una funcion activa, por diversas causas y ser por esto, si es lícito expresarse así, de diversas clases.

La más sencilla, y á la que debemos dedicar nuestras primeras reflexiones, es la que resulta de un obstáculo mecánico al retorno de la sangre por las venas al corazon.

Ejemplos de esta congestion se encuentran á menudo en los sujetos que padecen enfermedades orgánicas de las válvulas del corazon izquierdo. En estos casos ocurre con frecuencia que, cuando la circulacion está muy dificultada, el hígado aumenta de volúmen, de modo que sus bordes se tocan dos ó tres pulgadas por debajo de las costillas falsas. Si con las emisiones sanguíneas, ó con los diuréticos, ó con el reposo se facilita la circulacion, recobra el hígado su pristino volúmen. Este aumento de volúmen, denominado *congestion pasiva*, se desarrolla con prontitud y se desvanece segun las varias condiciones del círculo general.

El abultamiento del hígado en la congestion pasiva no va en general acompañado de dolor, y el paciente sólo acusa una sensacion de peso y de plenitud en el hipocondrio derecho. La turgencia de los vasos capilares en la sustancia lobular del hígado, y la lentitud en ellos de la corriente sanguínea, oponen obstáculos á la secrecion biliar; así, que no

es infrecuente que tras estos síntomas, pasados unos días, aparezca un color pálido de la piel, que en ocasiones toma un verdadero tinte icterico, el cual, como el aumento de volumen, desaparece en cuanto se verifica con más libertad la circulación.

La congestión produce en todos los demás órganos idénticos efectos. La ingurgitación preternatural del sistema capilar y la lentitud de la corriente sanguínea atenúan la actividad del proceso nutritivo, y de aquí que el órgano se preste poco á su oficio. Si el cerebro está congestionado, tórnanse obtusas las sensaciones, ménos espontánea la voluntad, y la potencia mental es también menor; disminuye la exhalación del ácido carbónico si están congestionados los pulmones; escasea la orina si la congestión invade los riñones; finalmente, si es un músculo el congestionado, bien pronto es invadido de cansancio, y con bastante lentitud vuelve de su languidez.

Por lo tanto, con arreglo á una ley general, disminuye la secreción biliar cuando el hígado se encuentra en semejantes condiciones morbosas. Pero la ictericia, en casos tales, no es siempre ni enteramente debida á la disminución de actividad de las células secretoras. El estado de ingurgitación de los vasos sanguíneos, apretando sus pequeños conductos bilíferos, impide el paso de la bilis á través de las células. En esta circunstancia, examinado el hígado después de la muerte, se encuentra muy á menudo en la sustancia lobular, no sólo cantidad insólita de sangre, sino también, como observó Kiernan, abundante colección de materia biliar.

Esta *congestión biliar*, así llamada por Kiernan, tiende, como la sanguínea, á aumentar el volumen del hígado.

El aumento de volumen del hígado debe verificarse siempre que se atascan los vasos; pero el grado de abultamiento dependerá de la duración de la congestión y del estado anterior del órgano, el cual alcanzará naturalmente mayores dimensiones cuanto más tiempo haya durado la distensión vascular y más flexibles estén los tejidos inmediatos. En los jóvenes y en los sujetos de hígado sano, con cápsula delgada, esta víscera aumentará mucho más de volumen, mediante una fuerza dada de distensión, que en otros individuos de circunstancias opuestas. Entonces, un depósito intersticial de linfa, haciendo el hígado más sólido y duro, formará un obstáculo al libre paso de la sangre desde esa víscera al corazón, cuyo volumen aumentará bien poco, á ménos que persistan mucho tiempo estas condiciones; pero esta presión, ú otra aún mayor, ejerciéndose sobre otros elementos de su textura, con igual si no mayor facilidad, se tendrá secundariamente la congestión biliar.

Las variaciones de figura, forma y textura del hígado congestionado son tales como las consideraciones siguientes bastarán á hacer presen-

ciar. El hígado, por la turgencia de sus vasos, se abulta más ó ménos, haciéndose algo más friable de lo que era, y toma un intenso color bermejo, más oscuro en la porción central de los lóbulos que en la marginal. A veces este órgano está afecto al mismo tiempo de congestión biliar, por lo cual, si algunas porciones de los lóbulos no permanecen inyectadas, presentan un tinte amarillento ó verdoso más intenso que en sus condiciones naturales. Si persiste la congestión biliar, la función de las células pertenecientes á los lóbulos congestionados se suspende, ó por lo ménos disminuye de energía y se reduce á muy poca cosa su vitalidad y poder reproductor. No es raro, en los individuos muertos á consecuencia de enfermedades valvulares de larga duración, encontrar el hígado bastante pequeño y poco pesado, sin que ofrezca el menor vestigio de flogósis ó de otras lesiones notables. Esto ocurre en aquellos sujetos que llevan una vida arreglada, y en quienes no puede atribuirse la culpa de semejantes condiciones atróficas sino á las diarias congestiones, que acaban por aniquilar la actividad funcional y la nutrición de las células. El estado de depauperación de los músculos de las piernas, que con tanta constancia se observa después de las graves enfermedades valvulares del corazón, es otro ejemplo obvio de semejante modo de formarse la atrofia.

El señor Andral y otros muchos escritores observan que la congestión hepática dependiente de un obstáculo al libre curso de la sangre en el pecho, si tarda mucho en desaparecer conduce bastante á menudo aquella víscera á contraer una afección orgánica, explicándose de este modo la frecuente asociación de las enfermedades orgánicas del hígado con las del corazón. Los cambios en el hígado que pueden ocasionar las enfermedades del corazón consisten en la distensión del sistema capilar sanguíneo y en la detención de la materia biliar en los lóbulos, dependiente esta última del obstáculo que encuentra para penetrar á través de los conductitos biliares. Si tal impedimento continúa por algun tiempo, la materia biliosa, hasta tanto que existan células aptas para segregar la sangre, se acumula con mayor presteza de la que emplea para salir; sin embargo, cada vez que las células no pueden desembarazarse de su contenido disminuye su fertilidad, y consiguientemente su número. En otro capítulo referiremos algunos casos en los cuales, por haber estado obstruido largo tiempo el paso de la bilis á través del conducto común, perdió el hígado su configuración lobular, careciendo en igual tiempo sus lóbulos de células nucleadas; por eso, examinado al microscopio, todo lo que se descubrió fueron glóbulos oleosos libres y partículas informes de sustancia lobular verdosa y amarillenta.

Muchos escritores han admitido que las enfermedades del corazón dan origen á la cirrosis hepática, designando con este vocablo el estado

de induración y de granulaciones del hígado que se observa á menudo en los bebedores, estado procedente del depósito intersticial de fibrina, consecuencia de flogósis adhesiva, y que bastante á menudo, como la congestión hepática, produce el acúmulo de materia biliar en los lóbulos, oponiéndose al libre curso de ésta en los conductitos biliares. Pero, verdaderamente, las enfermedades cardiacas no bastan por sí solas para producir semejantes formas morbosas, ni aún siquiera una flogósis de esa especie. En muchos individuos que han muerto en nuestros hospitales á consecuencia de enfermedades cardiacas reumáticas, se ha encontrado ese estado de induración y granulación debido á la presencia en el hígado de tejido fibroso en aquellos que habían abusado de bebidas espirituosas. Pero, aunque las enfermedades del corazón no producen directamente inflamaciones del hígado, ingurgitando, sin embargo, más ó ménos sus capilares, favorecen mucho los efectos de los líquidos espirituosos y de cualesquiera otros agentes deletéreos que, absorbidos en el tubo intestinal, se mezclan con la sangre de la vena porta. Volveremos á ocuparnos de esto en el capítulo destinado á la *flogósis adhesiva del hígado*.

La congestión hepática dependiente de un obstáculo mecánico al curso de la sangre es considerada generalmente, no ya como una enfermedad, sino más bien como una consecuencia y una complicación de las afecciones valvulares cardiacas y de cualesquiera otra circunstancia que se opone al libre curso de la sangre en la cavidad torácica. Mas, aunque resulte un trastorno completamente secundario, no por eso son ménos relevantes sus efectos. Cuando tiene algun tiempo, se contamina la sangre de materia biliar, á menudo ya impurificada por la acción deficiente de los pulmones y de los riñones, y empeora la condición del paciente.

El estado congestivo del hígado se ataca directamente con las sangrías generales ó locales ó con remedios que, como el sulfato de magnesia y el bitartrato de potasa, atenúan la sangre de la vena porta, é indirectamente con farmacos que, como las píldoras azules, aumentan la secreción biliar. En los casos de hidropesía consecutiva á lesiones cardiacas, cuando el hígado se encuentra ingurgitado y el rostro algo pálido, pequeñas dosis de aquellas píldoras, unidas á los diuréticos y purgantes, dan de ordinario muy buenos resultados.

Es, por tanto, casi inútil el advertir que, en semejantes circunstancias, deben los enfermos usar con mucha parsimonia de las bebidas fermentadas, abstenerse de alimentos pesados y, en fin, de todos aquellos que aumentan la congestión hepática.

Hasta aquí ha sido objeto de nuestras investigaciones la congestión que reconoce por causa un impedimento mecánico al regreso de la san-

gre venosa; mas esta forma morbosa puede surgir igualmente de condiciones enteramente opuestas.

El principal objeto de los grandes vasos es llevar la sangre á los diferentes tejidos del cuerpo, de la cual sacan los materiales de su nutrición. El proceso de la nutrición resulta de una afinidad recíproca entre la sangre y los tejidos, merced á la cual cada parte saca de la sangre, á través de las delgadas paredes de los vasos capilares, los materiales que necesita para su propia nutrición. Y la distribución igual de la sangre por todo el organismo no depende solamente de sus más obvias condiciones — de la acción impelente del corazón, del poder aspirante de la respiración y del libre curso en todo el árbol sanguíneo, — sino también de la mutua acción ó afinidad entre la sangre y los tejidos, la cual, mientras dura la nutrición, está constantemente en juego en todas las partes del organismo. Por tanto, las modificaciones de esta afinidad, cuyo resultado es producir la congestión ó plenitud anormal de los vasos, pueden emanar de los cambios sobrevenidos tanto en los tejidos como en la sangre. Si se lesiona de cualquier modo una parte; si, por ejemplo, se incide la piel ó se fractura un hueso, con tal de que no se destruya la vitalidad de los tejidos, se desarrolla un proceso flogístico ó de reparación, y uno de sus primeros efectos es un mayor aflujo de la sangre á aquella localidad y la turgencia de sus vasos. Además, si en cualquier parte se desarrolla un cáncer ú otro cualquier producto morboso, en virtud de esta nutrición de los tejidos aumentada y viciada, hay un acúmulo mayor de sangre, y después de algun tiempo se advierte que se han hecho mayores los vasos de aquellas regiones. Tal es, al ménos, el hecho general: siempre que se establece un proceso vital en cualquier parte del organismo, acude en mayor cantidad la sangre, constituyendo una congestión, ó, en otros términos, un acúmulo de sangre en sus vasos, merced al cual se mantiene en ejercicio la acción vital. No puede ponerse en duda que este aumento de aflujo sanguíneo y esta turgencia vascular son completamente secundarios á la acción vital como uno de sus resultados, y que, mientras el uno ó la otra no vengan á ocasionar modificaciones de la afinidad entre la sangre y los tejidos, no se produce la susodicha acción.

No conviene ahora á nuestro objeto el hablar de la congestión del hígado ocasionada por cambios en sus tejidos, la cual es un fenómeno que acompaña al proceso flogístico ó al desarrollo de un tumor canceroso ó de cualquiera otra alteración de estructura, y que toma de aquí todas estas especiales condiciones: así, hablaremos de ello en los siguientes capítulos. Pero, como ya hemos advertido, la congestión puede sobrevenir no sólo por un cambio cualquiera de los tejidos nutridos por la sangre, sino también por una modificación de esta misma. Todo cambio anormal en las relaciones de la sangre con un órgano no

modifica la circulacion. Las sustancias extrañas que están en la sangre, y que son eliminadas por una glándula, deben, por necesidad, modificar en cierto modo su circulacion, unas veces haciendo más activa la nutricion de la glándula, aumentando de esa suerte su actividad funcional, favoreciendo otras en los capilares una mayor ó menor detencion, y de aquí un acúmulo de sangre, haciendo de este modo que cese ó disminuya su funcion.

Los mismos elementos normales de cualquier secrecion, cuando están en gran cantidad en la sangre, pueden producir igualmente un estado congestivo del órgano secretor. Lo propio ha podido observarse en los riñones. Los diuréticos administrados á dosis convenientes, como los constituyentes naturales de la secrecion urinaria, producen por algun tiempo un aumento en la nutricion del riñon y en la cantidad de la orina. Cualquiera materia heterogénea, y aun los diuréticos cuando se administran á dosis demasiado altas, y tambien los mismos elementos naturales de la secrecion, extraordinariamente copiosos, embarazan los riñones, oponiendo mayor ó menor rémora en sus capilares, y la congestion de este modo originada da lugar á los mismos efectos que produce un obstáculo mecánico al retorno de la sangre venosa, y puede surgir la hemorragia renal. El hígado, por su situacion y su oficio, está especialmente expuesto á congestiones de semejante causa. Todas las sustancias absorbidas en el tubo alimenticio por sus vasos sanguíneos deben pasar por esta víscera, cuya sustancia lobular es, por decirlo así, el primer filtro á través del cual pasan los líquidos impuros. Todos los ingredientes nocivos que pueden encontrarse mezclados con las sustancias alimenticias, y todos los productos dañosos de una imperfecta digestion, fácilmente solubles, son llevados inmediatamente, antes de ser trasportados y difundidos por toda la masa de la sangre y sometidos á la influencia del oxígeno, son llevados, decimos, al hígado. En los excesivos y repetidos desórdenes dietéticos, frecuentes en las personas de las clases media y superior de la sociedad, entran excepcionalmente en la sangre de la vena porta muchas y diversas sustancias nocivas, y el daño que de ordinario se calcula que producen aumenta mucho con la vida inerte y sedentaria. De aquí procede frecuentemente el estado habitual de infarto del hígado. Estos y aun otros peores efectos se observan en las clases inferiores de la sociedad, por el abuso de la ginebra y otros licores.

Los sujetos bastante robustos, de respiracion muy perfecta, entregados á ocupaciones activas y provistos de un hígado naturalmente bien constituido, pueden casi impunemente abandonarse á usos que en otros serian letales.

La especie de hemormésis hepática que luego estudiaremos, es

fuente de efectos idénticos á los procedentes de la congestion por obstáculo al curso de la sangre venosa al corazón. Ella da origen al aumento de volumen del hígado y á una sensacion de plenitud y de peso en el hipocondrio derecho; despues de cierto tiempo, la disminucion de la actividad secretora del hígado y el obstáculo al libre paso de la bilis á través de los conductitos biliares son causa de sufusion biliosa á la piel, que en algunos casos se convierte en verdadera coloracion icterica. Semejantes desórdenes van acompañados á menudo de trastornos en las otras vísceras, y de todos aquellos desconciertos en la salud general que son la inmediata consecuencia del susodicho desarreglado modo de vivir. Aun esta clase de congestion, como la más sencilla de que hablamos más arriba, si dura mucho tiempo parece que disminuye para siempre la vitalidad de las células y su facultad reproductiva, disminuyendo de tal guisa la funcion del órgano y alterando en cierto grado su estructura.

En la congestion hepática producida de esta suerte obtiene el enfermo grandes ventajas del empleo de los purgantes salinos, y de preferencia del sulfato de magnesia y de sosa, en union con el sen; del uso, de vez en cuando, de las pildoras azules; del ejercicio del cuerpo al aire libre, como el montar á caballo, en el cual se combina el movimiento más agradable con la exposicion al aire libre; y, en fin, de una dieta suave. Sujetándose á estas condiciones, cede prontamente el estado congestivo del hígado, se segrega en mayor cantidad la bilis, corre ésta con más libertad, y, por último, desaparece el aspecto enfermizo y la palidez, y si la hiperemia fué de bastante duracion, con tal que no haya ocurrido daño alguno al hígado, la salud vuelve á su pristino ser y estado.

Las sustancias alimenticias que tienden á alterar las funciones del hígado, y de que deben abstenerse con especial cuidado los que sufren congestiones hepáticas, son las comidas muy sazonadas y los licores fermentados, los cuales, como los principios orgánicos de la bilis, contienen una gran proporcion de hidrógeno y de carbono.

La congestion del hígado por vicios de la sangre se observa de vez en cuando, aun en otras circunstancias. Y, en verdad, con bastante rapidez se forma la hemormésis hepática, á la par que la del bazo, en el estadio de calor de las fiebres accesionales; congestion que se desvanece con igual presteza al terminar el paroxismo febril.

Aunque esta última congestion aumenta más ó menos el volumen del hígado, es de ordinario de tan corta duracion, que no colorea de amarillo la piel.

Medios muy eficaces tenemos en nuestro poder para prevenir esa congestion en la quinina y demas farmacos considerados como antidotos del miasma palúdico.

A veces, la hemormésis hepática es producida por otras diversas condiciones morbosas de la sangre, de naturaleza desconocida, y cuyo origen se desconoce también hasta ahora. En un sujeto, víctima de la púrpura hemorrágica, encontré el hígado y el bazo muy aumentados de volumen, teniendo el tinte oscuro de las cerezas, por la gran cantidad de sangre en ellos contenida. Según los estudios de Andral, la disminución de fibrina en la sangre sería una causa de esta congestión hepática.

Hasta ahora no se ha creído que la hemorragia del hígado fuese resultado de su congestión; éste parecía, en verdad, el efecto común de la hemormésis en muchos otros órganos; mas, en éste, rara vez se observaba. Sin embargo, ocurre á veces, y especialmente, según la observación de Rokitansky, en niños, cuando están afectados de catarro que amenaza sofocación ó cualquiera otra circunstancia que dificulta el círculo sanguíneo en las vísceras torácicas y viene secundariamente á infartar el hígado. La hemorragia puede verificarse en la sustancia del hígado, ó en su superficie, ó en ambas á un tiempo. Si se verifica en la sustancia hepática, los sufrimientos, así como los efectos dañosos, son ligeros.

La sangre se absorbe, pasado cierto tiempo, como sucede en todas las demás formas de efusión sanguínea, no dejando como signo de ella vestigio alguno, ó bien una cicatriz. En su principio, rara vez puede descubrirse la hemorragia; de tal modo se escapa á la observación esta forma morbosa. Si la hemorragia se verifica en la superficie del hígado, la sangre puede recogerse debajo de la cápsula, originando una tumefacción, y hasta puede, abriendo la membrana externa del hígado, difundirse por la cavidad peritoneal. En casos tales, deben por necesidad surgir dolores y sensibilidad al tacto en el hipocondrio derecho en mayor ó menor extensión, según la naturaleza del daño. Si la sangre esparcida no inflama la membrana mucosa, cesa el dolor al cabo de algunos días, ó se calma, al ménos, mucho.

Otras condiciones pueden dar origen á la hemorragia del hígado. Hace pocos años pude examinar, gracias á la amabilidad del Sr. Busk, el hígado de un sujeto, víctima de una apoplejía de reblandecimiento cerebral, unido al último período de la granulación de los riñones, en cuyo sujeto, seis semanas ántes de morir, sobrevino, á consecuencia de desórdenes en la comida y bebida, una profusa hemorragia del hígado. El dolor, bastante marcado y continuo, y la sensibilidad al tacto en la región epigástrica y en el lado izquierdo del vientre, fueron los síntomas que anunciaron esta hemorragia; el dolor, al cabo de dos días, disminuyó muchísimo, hasta el extremo de acallarse los lamentos del enfermo, quedando, no obstante, cierto grado de sensibilidad

hasta su muerte. Dos días después de la aparición de estos síntomas se descubrió en el epigastrio la presencia de un tumor sólido, sensible, fijo, situado profundamente, y que, continuando apreciándose en los siguientes reconocimientos, parecía, sin embargo, algo reducido de volumen.

El hígado conservaba su volumen natural, bien que el lóbulo izquierdo fuese algo mayor que de ordinario, y descendiendo por delante del estómago podía distinguirse, durante la vida, en la región epigástrica. Este órgano no estaba adherido á las partes inmediatas por adherencias insólitas. Su superficie ofrecía por todos lados el color y la figura naturales, á excepción, sin embargo, de dos puntos, uno en la superficie inferior del lóbulo izquierdo y otro en la parte anterior de la superficie convexa del lóbulo derecho. En estos dos puntos, la cápsula propia del hígado estaba separada de su sustancia por el intermedio de un coágulo muy sólido, y que ofrecía en algunas partes el aspecto de membrana fibrinosa, como se observa á veces en los sacos aneurismáticos, mientras otras porciones aparecían de mucho más reciente formación.

El grumo de la superficie convexa del lóbulo derecho ocupaba un espacio de cerca de cuatro pulgadas de diámetro, y el espesor en su centro era próximamente de media pulgada. El coágulo de debajo del lóbulo izquierdo no era tan voluminoso, pero sí de mayor espesor, y la cápsula que lo vestía, poniéndose durante la vida en comunicación con el borde anterior, permitía á la sangre salir y difundirse en gran cantidad por el saco peritoneal. La sangre así derramada formaba coágulos muy diferentes por su volumen, consistencia y color, como si fuese de diversa fecha su formación. Un peloton más notable de estos coágulos, muy duro y fijo, se encontraba entre el hígado y el estómago, cuyo último órgano, pequeñísimo, estaba por completo oculto por el hígado y los coágulos.

Tanto la sustancia hepática como la vesícula biliar estaban sanas.

Era imposible en este caso diagnosticar, durante la vida del enfermo, el estado hemorrágico del hígado. Los síntomas respondían, es cierto, á la naturaleza de las lesiones, pero faltaban completamente las circunstancias que hubieran podido hacer probable semejante estado morboso. Sin embargo, cuando se sabe que el hígado está muy congestionado, ó por enfermedad concomitante del corazón, ó por paroxismo intercurrente de fiebre periódica, y no hay razón para creer que está afecto el hígado de una enfermedad orgánica cualquiera, podrá sospecharse, por tal conjunto de síntomas, y hasta justificarse, la opinión de que se trata de una hemorragia; mas, como ya hemos dicho, estos casos son, bajo cualquier circunstancia, sumamente raros.

CAPITULO II

ENFERMEDADES FLOGÍSTICAS DEL HÍGADO

SECCION PRIMERA

Algunas generalidades sobre la clasificacion de las enfermedades flogísticas del hígado. — Inflamacion supurativa del hígado.

Comunmente dividen los autores la hepatitis en *aguda* y *crónica*; pero esta division no es la más acomodada á la práctica, puesto que atiende sólo á la gravedad de los síntomas locales, no refiriéndose para nada á la clase de inflamacion ni á la rapidez con que se desarrolla. Ateniéndose á esta division, deben llamarse siempre *crónicas* aquellas hepatitis que supuran pronto, pero que, por estar situadas profundamente, desarrollan pocos síntomas, y éstos locales; mientras que se llamarán *agudas* aquellas otras que sólo dan origen á una lenta efusion de linfa coagulable, y que, por residir en la superficie del hígado, ocasionan síntomas bastante más alarmantes, acompañados de dolores agudos y de viva sensibilidad.

Hasta que se clasifiquen las hepatitis no atendiendo á la naturaleza de la causa que las ha producido, sino á sus caracteres externos ó á cualquiera otro síntoma particular, no podremos hacer nunca una descripción fácil de esta flogosis hepática ni trazar infalibles reglas para su terapéutica, porque es una verdad que nunca se inculcará bastante la de que las inflamaciones se modifican en su curso é índole por la naturaleza de la *causa*, y que, subordinándose á ésta, desarrollan sus efectos los medicamentos.

Tenemos un ejemplo de esto en la flogosis de la articulacion de la rodilla. Si la inflamacion de la membrana sinovial de la rodilla es producida por una herida penetrante en la cavidad articular, el aire, en-